11[illegible]64

...no y un Sí

Canto

14

UN NO Y UN SÍ

juguete cómico-lírico en un acto y en prosa

ARREGLADO DEL FRANCÉS

por

GONZALO CANTÓ Y SANTIAGO ARAMBILET

música del maestro

MIGUEL SANTONJA

Estrenado con brillante éxito en el TEATRO ELDORADO, de Barcelona, el 1.° de Febrero de 1895.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1895

PERSONAJES		ACTORES
ROSA.....	Srta.	Arana.
BENITA.....	Sra.	Ruiz.
DON DIEGO.....	Sr.	Cerbón.
ANGELITO.	»	Fernández.
RAMÓN.....	»	Peña.

Coro general.

La acción en Carabanchel Alto.

Nota. *El derecho de reproducir los* **Materiales de Orquesta**, *pertenece á D. Florencio Fiscowich, á quien dirigirán sus pedidos las Empresas teatrales.*

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL ILUSTRE REORGANIZADOR DE LA MARINA ESPAÑOLA

EXCMO. SEÑOR VICEALMIRANTE

D. José M. Beránger y Ruiz de Apodaca.

SENADOR DEL REINO

No se oculta á los humildes arregladores de este juguete que para tan alta personalidad, es pobre ofrenda tan modesto trabajo; pero es tan viva la gratitud que sienten por las mercedes recibidas y tan grande y respetuoso el cariño que le profesan por sus inagotables bondades, que no se estimarían á sí propios, dejando de poner su venerado nombre al frente de estas breves páginas.

Recíbalas el ilustre procer, como sentida expresión de la simpatía y afecto de

Los Autores.

608744

ACTO UNICO

Salón de planta baja. Puerta grande al foro, que da al jardín, y en los primeros términos de derecha é izquierda. En segundo término derecha, una ventana, que da al jardín. A ambos lados del foro en *pendant,* entredós con espejo grande; en el de la izquierda, dos búcaros sin flores. En segundo término izquierda, una mesita con recado de escribir. Sillas, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA

ROSA y CORO DE SEÑORITAS

MÚSICA

CORO. Si es cierto que te casas
querida Rosa,
celebraremos mucho
verte dichosa.

—

ROSA. El hombre que me hace el oso
quiere hacerme su mujer;
pero no ha de ser mi esposo
ni su esposa yo he de ser.

CORO. ¿Qué nos dices? ¿qué nos cuentas?

ROSA. Lo que os digo es la verdad.

CORO. Habla pronto, ya que aumentas
nuestra gran curiosidad.

ROSA. Pues escuchad.

—

En una apacible
mañana de estío,
cantar, junto á un río,
oí á un ruiseñor.
Y era, que en un árbol,
entre hojas y flores
su nido de amores
tenía el cantor.
En aquel nido,
tan escondido
que mece el aura
blanda y sutil,
alguien había
que respondía
á sus gorjeos
con otros mil.
Hácia su pareja
íbase acercando
poco á poco él.
Y sus tiernas notas
cada vez más dulces
eran que la miel.
Felices y alegres
el uno del otro
volaban en pos,
hasta que en el nido
más tarde cantaron
á dúo los dos.

—

Cantando al pïano
estaba yo un día
por ver si aprendía
tan linda canción.
Y oí una voz dulce,
tan grata á mi oído,
que apagó el latido
de mi corazón.

Salí ligera
por ver quién era,
y desde el día
en que le ví,
por él suspiro
y en él me miro
como él se mira
también en mí.
De amor en las redes
cayó prisionero
desde el día aquel,
y, como yo, espera
que juntos pasemos
la luna de miel.
Felices y alegres
el uno del otro
marchamos en pos,
hasta que en el nido
más tarde cantemos
á dúo los dos.

—

Yo cantaría
también así,
si el que yo adoro
con frenesí,
me hiciera el dúo
loco de amor
de igual manera
que el ruiseñor.

—

Coro. Si al uno quieres
y al otro no,
al que desdeñes
cédemelo.
Ya que nosotras,
¡válgame Dios!
ninguna tenemos novio,

mientras que tú tienes dos.

ROSA. —Calladlo, pues,
y adiós.

CORO. —Adiós,
hasta después.

ROSA. —Adiós.

CORO. —Adiós.

(Vase Rosa por la primera derecha y el Coro por el foro derecha.)

ESCENA II

BENITA, que llega por el fondo izquierda.

HABLADO

¡Já, já! Es gracioso el señorito Ramón, el futuro de la señorita... Todas las mañanas emplea hora y media en acicalarse; lo que más le entretiene es su bigote. Siempre está con las tenacillas á vueltas; se lo riza lo menos seis veces al día. No sé si es por esto por lo que tiene tan embobado al amo. El caso es que el buen señor se deja manejar por el primero que llega... nunca sabe decir no. En cambio la señorita Rosa, su hija, revuelve Roma con Santiago con tal de hacer su gusto... ella es la que manda. Por allí viene. (Señala el primer término derecha.)

ESCENA III

BENITA y ROSA

BENITA. ¡Señorita! (Llamándola.)

ROSA. ¿Qué ocurre? (Saliendo por el primer término derecha.)

BENITA. Ya se ha levantado el señorito Ramón; acabo de verle.

ROSA. Y á mí, ¿qué me importa?

BENITA. ¿Se ha fijado usted en su bigote?

ROSA. ¿Yo? no.

BENITA. ¡Ay, qué sedoso! Parece de nipis.

ROSA. ¿De qué?

BENITA. De nipis, señorita.

ROSA. Pero tú, ¿cómo lo sabes?

BENITA. ¿Yo? Pues... pues... eso se ve á simple vista.

ROSA. Tú sí que eres simple. (Enojada.) Ya te he dicho que me es muy antipático.

BENITA. ¿Su futuro?

ROSA. ¡Futuro! El matrimonio no está ni siquiera en proyecto. ¿Dónde está mi padre?

BENITA. ¿Don Diego? En su gabinete, hace más de una hora, con el pelma del boticario.

ROSA. ¿Y por qué no le ha mandado á paseo?

BENITA. ¿El señor echarle? ¡Vamos, como si usted no lo conociera!...

ROSA. Es verdad: peca de tímido.

ESCENA IV

DICHAS; DON DIEGO, de bata.

DIEGO. (Sale por el primer término izquierda.) ¡Qué mosca de hombre! Por más que he rechazado su específico contra el dolor de muelas y le he dado las gracias, nada, he tenido que aceptar un frasco. (Dejando un pequeño frasco sobre la mesita.)

ROSA. ¿Pero te duelen las muelas, papá?

DIEGO. ¡Qué me han de doler! pero... ¿quién convence de lo contrario á un hombre como ese, tan tenaz, que ha empleado más de tres años en preparar esa endiablada composición? ¡Uf... me arden las encías!

ROSA. ¿Pero lo has experimentado?

DIEGO. ¿Y qué iba hacer? Por condescender. he tenido que enjuagarme dos ó tres veces... menos mal, que eso fortifica la dentadura, y siempre es bueno...

ROSA. ¡Pero papá! Si el tal específico sirviera para algo...

DIEGO. ¿Lo quieres probar? Así, como así, el dolor de muelas dicen que es propio de los enamorados... y como tú lo estás de Ramón...

ROSA. ¡Yo! ¡Buena gana! Ni me duelen las muelas, ni estoy enamorada de semejante tipo.

DIEGO. En ese caso, se lo haremos tomar á él... á juzgar por los extremos que te hace, debe tener un dolor de muelas horroroso.

BENITA. Aún no ha salido de su pabellón. (Vase por el fondo.)

ESCENA V

ROSA y DON DIEGO; después BENITA

DIEGO. Pero ¿á qué hora se levanta?

ROSA. Después de las doce.

DIEGO. No me extraña. Todas las noches me quita *La Correspondencia*, y se la lleva para leerla en la cama.

ROSA. ¡Vaya una gracia! ¿Y tú?

DIEGO. La leo al día siguiente.

ROSA. Eso es un abuso.

DIEGO. Te aseguro que me fastidia... si le pudieras hacer una indicación... por supuesto, sin que sospeche que viene de mí.

ROSA. Descuída... yo le hablaré.

DIEGO. Hija mía, admiro tu serenidad... yo, á pesar de mis canas, no me atrevería á decirle nada.

ROSA. ¡Pobre papá!

DIEGO. Por supuesto, esto va á terminar, á Dios gracias.

ROSA. ¡Cómo!

DIEGO. Estas presentaciones... estos pretendientes, me ponen malo... ¡qué quieres! He pasado la flor de mi edad en el Archivo de Simancas... y esa vida de quietud me ha convertido en chivo, digo, en hurón, y por eso me desagrada hablar con las gentes á quienes no conozco.

ROSA. ¡Ah! pero... ¿tú conocías á Ramón?

DIEGO. ¿Yo? Ni de vista.

ROSA. Entonces... ¿cómo está aquí?

DIEGO. Mi cortedad, hija, mi cortedad... me fué recomendado por Galíndez, mi procurador, á quien no conozco mu-

cho más... Un día se presentó Ramón con una carta suya... estuvimos de conversación durante dos horas... sin que yo pudiera meter baza, él hacía las preguntas y él mismo se daba las respuestas.

ROSA. ¡Qué atrocidad!

DIEGO. No sé cómo se las compuso, que todo quedó arreglado á su gusto. Y acabó por pedirme...

ROSA. ¿Dinero?

DIEGO. No; tu mano.

ROSA. Pero, ¿y tú?

DIEGO. Él dice que se la he concedido... no me atreví á sacarle de su error... hace seis días que alquiló el pabellón de en frente y ahí se ha instalado, y hoy mismo debemos ir á la Vicaría para arreglar las amonestaciones.

ROSA. ¡Hoy!

DIEGO. Él lo ha decidido... Es un buen muchacho.

ROSA. Sí... pero es viudo...

DIEGO. Pues... no se le conoce.

ROSA. Pero, es que yo no me quiero casar con un viudo.

DIEGO. ¿Qué más prendas personales tiene un soltero que un viudo?

ROSA. Las mismas... pero en mejor uso.

DIEGO. Estoy ya muy achacoso, y quiero dejarte colocada antes de cerrar los ojos.

ROSA. ¿Y si por casualidad me saliera otro pretendiente?

DIEGO. ¿Otro? ¡Oh, de ninguna manera!

ROSA. El de que yo te hablo... no es un extraño... es Angelito.

DIEGO. ¿Angelito? No sé quien es.

ROSA. Sí... acuérdate... Angelito Rivera... un abogado...

DIEGO. ¡Un abogado! Jamás.

ROSA. Es el nieto de mi madrina...

DIEGO. No recuerdo.

ROSA. Yo creo que mi madrina te ha escrito.

DIEGO. Sí, ya caigo... Hace tres meses... antes de lo de Ramón.

ROSA. Sí... antes.

DIEGO. Pero desde entonces, el tal Angelito no ha parecido... Son ilusiones tuyas.

ROSA. Estoy segura de ello.

DIEGO. ¿Cómo?

ROSA. Verás... en el convite que mi tía Catalina dió el día de su santo... y al que tu no quisiste ir...

DIEGO. Ya sabes que no me gustan las comilonas.

ROSA. Yo estaba en la mesa junto á Angelito... él, se puso muy colorado... no hacía más que tonterías...

DIEGO. ¿Cuáles?

ROSA. Primeramente... rompió un vaso.

DIEGO. Eso, no es una tontería... es una torpeza.

ROSA. Después... cuando le pedí agua, me dió el salero.

DIEGO. ¡Anda, salero! Puede que sea sordo.

ROSA. No, papá, no es sordo.

DIEGO. Entonces, es tonto.

ROSA. Es que estaba turbado.

DIEGO. ¡Ah, ya!

ROSA. Y tú comprenderás, que para que un joven como Angelito, que es abogado, y que habla en público, se turbe hasta ese punto... es que le pasa algo. (Bajando los ojos.)

DIEGO. ¿Y eso que le pasa, es que te ama?

ROSA. ¡Caramba, papá!... Yo, así lo creo.

DIEGO. Estás ofuscada; cuando no se ha presentado, es que no te quiere... Y me alegro mucho... porque á la altura que están las cosas con Ramón...

BENITA. (Sale por el fondo.) Señor, una carta que acaban de traer. (Vase.)

ROSA. Letra de mi madrina. (Mirando el sobre.)

DIEGO. Veamos... no pierdas la cabeza... alguna invitación, esto es insoportable. (Lee.) «Mi querido Diego: Permíteme que no vaya á presentarte yo misma á mi nieto Angelito Rivera, de quien te hablé hace algunos meses.»

ROSA. ¿Ves como es él?

DIEGO. (Sigue leyendo.) «Adora á nuestra querida Rosa.»

ROSA. ¡Ya lo sabía yo! (Con alegría.)

DIEGO. (Interrumpe la lectura, mira á Rosa con extrañeza y vuelve á leer.)

«Su ilusión es obtener su mano, y yo tengo en ello mucho empeño. Siento estar algo enferma para no ir con él á resolver este importante asunto, pero dada nuestra confianza, no importa que se presente sólo.»

ROSA. ¡Va á venir! (Muy contenta.)

DIEGO. No lo recibiré. (Con sequedad.)

ROSA. ¡Oh, papá!

DIEGO. No puede ser... he dado mi palabra á ese otro joven...

ROSA. Despide á ese tipo, que sólo busca mi dote, mientras que Angelito es rico...

DIEGO. ¡Pero!... (Viendo desde la ventana á Ramón que sale de su pabellón.) ¡Chist, ahí viene el otro... prudencia, hija mía... no lo eches todo á rodar!

ESCENA VI

ROSA y DON DIEGO; RAMÓN, por el foro; luego BENITA

MÚSICA

RAMON. Muy buenos, querido suegro,
cuanto me alegro.
Rosa, mi amor.
Más que Rosa, eres capullo,
tú eres mi orgullo,
preciada flor.

ROSA. (Las mismas galanterías
todos los días.) (A don Diego.)

DIEGO. (¡Calla, mujer!)
(Tengo en la garganta un nudo.)

ROSA. Pues yo de un viudo
no quiero ser.)

RAMON. He dormido, hasta las doce.

ROSA. Ya se conoce.

DIEGO. (¡Chist, por favor!)

RAMON. De madrugar, no hallo modo.

ROSA. Es usté en todo

madrugador.

RAMON. Ya sé que esto es vergonzoso;
soy perezoso.

ROSA. (Y algo gandul.)

DIEGO. (Buen papel estoy haciendo,
le está poniendo
de oro y azul.)

RAMON. No te enojes, niña hermosa,
que al fin mi esposa
pronto serás.

ROSA. El casamiento es muy serio.

DIEGO. (¡Cuánto improperio!) (A Rosa.)

ROSA. (Y aún diré más.) (A don Diego.)

RAMON. ¡Ya sabe mi buen don Diego,
que yo estoy ciego...!

DIEGO. ¡Sí, ya lo sé!...
Y entre todas te prefiere. (A Rosa.)

ROSA. Si usté le quiere,
cásese usté.

DIEGO. ¡Que atrocidad!

ROSA. No he de ceder.

DIEGO. ¡Por caridad!

ROSA. No puede ser.

RAMON. Hay que andar con tiento
para que no note
que busco la dote,
pues no tengo un real.
Aquí finjo y miento,
porque me conviene,
pues la chica tiene
un buen capital.

DIEGO. ¿De qué me ha servido,
que yo por un lado
el sí le haya dado
si ella dice nó?
Me ha comprometido,
no tiene esto nombre,

¿qué dirá este hombre?
¿qué le digo yo?...

ROSA. Para que mi padre
deshaga la boda,
yo he de poner toda
mi sagacidad.
Nada á mí me achica,
y á él todo le apoca,
y ahora á mí toca
decir la verdad.

HABLADO

RAMON. (Saludando á Rosa.) ¡Mi bella futura!... La encuentro á usted hoy fresca y hermosa, como un ramo de violetas.

ROSA. Doy á usted las gracias... por mi frescura de otros días.

DIEGO. Y que tal, mi querido Ramón, ¿se ha dormido bien?

RAMON. Perfectamente. He madrugado poco, ¿eh?

DIEGO. No quise decir eso. Lo cierto es que por la mañana no le gusta á usted el campo. (Vivamente.) No es una censura.

RAMON. ¡Oh, me agradaría mucho asistir al despertar de la Naturaleza! no conozco cuadro más hermoso; las flores abren sus corolas; los pimpollos rompen su cáliz, inclinando sus tiernas cabecitas como para rendir su homenaje al sol naciente. (Atusándose el bigote.) La mariposa sacude sus alas, todavía húmedas, por el suave rocío de la noche...

ROSA. Y usted atusa sus bigotes como los gatos.

RAMON. Siempre de tan buen humor.

ROSA. (Bruscamente á Ramón.) ¿Qué novedades trae el periódico?

RAMON. ¿Cuál?

ROSA. *La Correspondencia.* Se la llevó usted anoche... y papá no la ha podido leer.

DIEGO. (Aparte.) ¡Oh, qué aplomo el suyo y qué admirable descaro!

RAMON. Pido á usted mil perdones, mi querido don Diego... ha sido una inadvertencia.

DIEGO. Nada de eso... no hay ningún mal en ello.

RAMON. (Sacando *La Correspondencia* del bolsillo.) Todavía no la he leído.

DIEGO. En ese caso, quédese usted con ella. (Insistiendo.)

RAMON. ¡Oh, de ningún modo!

DIEGO. Se lo ruego.

RAMON. (Guardando el periódico.) Puesto que usted lo desea... (Se arregla el lazo de la corbata delante del espejo.)

ROSA. ¡Tonto! (A don Diego.)

DIEGO. (Aparte.) Me habría gustado, sin embargo, ver la cotización de la Bolsa.

BENITA. ¡Señor! (Saliendo.)

DIEGO. ¿Qué hay?

BENITA. Esta tarjeta... es de un caballero que está esperando detrás de la verja. (Entrega la tarjeta á don Diego.)

ROSA. (Acercándose á su padre.) ¡Un caballero! (Después de haber echado una ojeada á la tarjeta.) ¡Es él!... ¡Angelito!

DIEGO. (Bajo.) ¡Canastos! Y delante del otro... ¿qué hacer?

ROSA. (Bajo.) No puedes cerrarle la puerta. (Alto á Benita, con júbilo.) Que pase. (Vase Benita.)

RAMON. ¿Una visita? No olvide usted, mi querido suegro, que á las cuatro tenemos que ir á la Vicaría.

DIEGO. Ciertamente, ciertamente. (Bajo á Rosa.) No pierde ripio.

ROSA. ¿Quiere usted acompañarme?

RAMON. Con mucho gusto, señorita... ¿Y á dónde vamos?

ROSA. A regar mis flores.

RAMON. Hace un calor sofocante. (Friamente.)

ROSA. Razón de más... mis rosales languidecen por falta de riego... ¿vamos?

RAMON. Vamos donde usted quiera. (Vanse por el foro.)

DIEGO. ¿Qué hago yo ahora? Dos pretendientes á la vez. ¿A quién daré la preferencia? (Llevándose las manos á la cabeza.) Y es el predilecto un joven abogado... me conozco; soy capaz de decirle: «Sí» como al otro.

BENITA. (Por el foro, anunciando.) ¡El señor de Rivera! (Vase por la derecha.)

DIEGO. (Asustado.) ¡Ya está ahí! ¡Qué complicación! (Mirándose y como el que encuentra una solución.) Pero... si estoy sin vestir... corro á quitarme la bata. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VII

ANGELITO, de guantes, bastón, y elegantemente vestido.

MÚSICA

Angelito, por el fondo, timidamente.

Nadie por aquí se ve;
¡ay, Dios mío, qué temblor!
en la vida me veré
en un apuro mayor.
Aunque al fin me decidí
esta puerta á franquear,
al no ver á nadie aquí,
creo me debo marchar.
No es ya la primera vez
que de aquí me vuelvo atrás,
porque va mi timidez,
en vez de menos á más.

—

Pero si á Rosa
quiero y adoro,
creo que es cosa
muy natural,
que me decida,
y que al fin pida
su blanca mano
serio y formal.

—

¿Quién dice á un padre:
—«déme á su hija
mal que le cuadre,»
si él dice no?
¿Y quién se expone
de esa manera?
¡Dios me perdone;
no seré yo!

—

Mas si por ella
de amor me abraso,
debo del paso
pronto salir.
Pero aunque á todo
dispuesto vengo,
no sé qué tengo
ni qué decir.

—

¿A qué he venido
si ahora me marcho?
Yo me decido,
no, digo, sí...
Vendré otro día
más de exprofeso,
aunque para eso
ya estoy aquí.
Pobre de mí,
no sé qué hacer,
ya que al fin me decidí,
bien me quisiera atrever.

—

Nadie por aquí se ve,
¡ay, Dios mío, qué temblor!
etc. etc.

———

HABLADO

ANG. Nada, decididamente me marcho. (Mirando á todas partes. Vase hacia el fondo, y se encuentra en la puerta, con Rosa.)

ESCENA VIII

ANGELITO y ROSA; ésta por el foro, con dos ramos de flores.

ANG. (Deteniéndose.) Lo he pensado demasiado tarde.

ROSA. (Fingiendo sorpresa.) No me engaño... ¿Es usted, Angelito?

ANG. Sí... señor... (Turbado.)

ROSA. ¿Eh? (Con extrañeza.)

ANG. Sí señora. (Reprimiéndose.)

ROSA. ¿A qué dichosa casualidad debemos el honor de tan agradable visita?

ANG. En efecto... ha sido una casualidad... pasaba por ahí... he visto una verja... he llamado... pero veo que he sufrido una equivocación. (Despidiéndose.) Caballero... digo, señorita... tengo el honor...

ROSA. Pero... ¿se marcha usted? Mi padre tendrá sumo gusto en verle.

ANG. No quiero distraerle de sus ocupaciones... beso á usted la mano... digo, á los pies de usted...

ROSA. Pero, ¿es cierto que se marcha? No puede ser... va usted á hacer que le riña... ¿No quiere usted sentarse? (Con marcada intención.)

ANG. Con mucho gusto... pero no estoy cansado... (Se quita los guantes, y se los vuelve á poner.)

ROSA. (Aparte.) ¡Qué turbado está!

ANG. (Idem.) ¡Qué linda es!

ROSA. Con su permiso. (Toma del entredós un búcaro.)

ANG. Usted le tiene... ¿estorbo?

ROSA. Todo lo contrario... si no temiese ser indiscreta...

ANG. ¡Oh, eso nunca!

ROSA. ¿Quiere usted hacer el favor de tenerme estos ramos para colocarlos en los búcaros?

ANG. Con mucho gusto.

ROSA. ¡Oh, gracias! (Le da los ramos. Angelito queda con un ramo en cada mano, en posición grotesca.)

ANG. (Aparte.) ¡Si su papá nos viera en esta faena!... Es preciso que yo me atreva á decirla algo... ¡Ocasión como esta! Debo tener todo el aspecto de un lila. (Alto.) ¡Rosita!

ROSA. ¡Angelito! (Animándole.)

ANG. ¡Qué rosa tan... linda! (Balbuciente.)

ROSA. ¿Cuál?

ANG. Esta... (Mirando á Rosa, y señalando una flor cualquiera.)

ROSA. Pero... si eso es un clavel.

ANG. No... digo ésta. (El mismo juego de antes, y señalando otra flor cualquiera.)

ROSA. Pero... si esa es una margarita.

ANG. No... digo ésta. (Señala una rosa.)

ROSA. ¡Ah, sí! Muy bonita... como todas. (¡Qué timidez!)

ANG. No... como todas no.

ROSA. ¡Cómo! (Con viveza y gran interés.)

ANG. (Aparte.) Me he insinuado demasiado... (Rosa arregla los búcaros. Alto.) ¿Es de cien hojas?

ROSA. No las he contado.

ANG. (Aparte.) He dicho una sandez. (Alto.) Hay una gran diferencia entre ésta... (Señala.) y ésta. La una es más... mientras que la otra es menos.

ROSA. Lo demás... es lo de menos.

ANG. (Muy turbado, aparte.) He vuelto á meter la pata... me he metido entre flores... y me he clavado una espina.

ROSA. (Le quita los ramos, y los coloca en los búcaros.) Ea, ya está. Ahí viene mi padre.

ANG. ¡Dios mío, valor! (Azaradísimo.)

ESCENA IX

ANGELITO, ROSA y DON DIEGO

Don Diego sale por la izquierda muy desconcertado. Va vestido de negro.

ROSA. Papá... es Angel... ya sabes... Angelito Rivera. (Don

Diego y Angelito se quedan en las dos extremidades de la escena, muy cohibidos, sin atreverse á levantar los ojos el uno sobre el otro.)

DIEGO. (Aparte.) No hay remedio. (Saluda á Angelito de lejos. Alto.) ¡Caballero... me considero muy honrado!...

ANG. (Balbuciente.) Soy yo quien ciertamente se considera... ¡Caballero!

DIEGO. (Aparte.) ¡Qué resuelto! ¡Qué aire de osadía!

ANG. (Aparte.) ¡Cualquiera se atreve con este suegro! He debido marcharme.

ROSA. Ustedes tendrán que hablar... me retiro.

DIEGO. ¿Cómo, te marchas? (Sorprendido. Aparte.) ¡Qué compromiso!

ANG. ¿Nos deja usted? (Aparte.) ¡Qué apuro!

ROSA. Voy á dar de comer á mis pájaros. Los pájaros y las flores, son la ocupación que absorbe todo mi tiempo.

DIEGO. ¡Ah, las flores!...

ANG. ¡Ah, los pájaros! (Aparte.) ¡Quién pudiera volar!

ROSA. Siéntese usted. (A Angel aproximándole una silla.) Y tú también papá. (A don Diego, ídem.) ¡Animo! (Bajo á Angel.) ¡Animo! (Idem á don Diego. Vase por el primer término derecha.)

ESCENA X

DON DIEGO y ANGELITO sentados el uno frente al otro, y muy cohibidos.

DIEGO. (Aparte.) Ya estamos solos; su aspecto es el de tener un aplomo de todos los diablos. (Pequeña pausa.)

ANG. (Aparte.) Jamás me he visto en un apuro igual... (si pudiera escapar...) ¡Caballero! (Inclinándose.)

DIEGO. (Inclinándose también.) ¡Caballero! (Aparte.) ¡Me va á pedir la chica!... (Pausa corta.)

ANG. Habrá recibido usted una carta de mi abuelita...

DIEGO. Y ¿cómo se encuentra esta buena señora?

ANG. ¡Tan buena!

DIEGO. ¡Ah, vamos! Me alegro, me alegro.

ANG. Salvo su reuma, que... que no la deja vivir desde hace algún tiempo.

DIEGO. Vamos, me alegro, me alegro. (Distraído sin saber lo que se dice.)

ANG. Pero yo espero que el buen tiempo... el sol...

DIEGO. (Vivamente.) Mi barómetro ha subido.

ANG. El mío también... es original... dos barómetros que suben al mismo tiempo. (Pausa corta. Alto, muy emocionado y levantándose.) En su carta, mi abuelita se dignaba... anunciar á usted...

DIEGO. (Aparte, levantándose.) Ya pareció el peine. (Alto.) En efecto, en efecto... pero no me indicaba precisamente el objeto.

ANG. (Aparte.) ¡Ah, Dios mío! Ahora la cosa es más difícil... Yo tiemblo...

DIEGO. ¡Qué sol! Se van á abrasar todas las plantas. (Por decir algo.)

ANG. Sí... yo las cubro... con... con esterilla... (Aparte, reprimiéndose.) ¡Cómo empezar! (Alto.) Yo venía á solicitar de usted que me hiciese el favor de...

DIEGO. ¿Quiere usted tomar un refresco?

ANG. Gracias... no bebo jamás entre comidas.

DIEGO. Yo tampoco... una vez que tenía mucho calor... quise tomar un vaso de cerveza y me hizo daño.

ANG. Vamos... me alegro, me alegro... pues yo venía... á solicitar de usted...

DIEGO. (Etudiendo.) ¿De modo, que también usted... cultiva flores?

ANG. (Aparte.) Me ha cortado la palabra. (Alto.) Sí... sí señor... el año pasado presenté en la Exposición algunas anémonas.

DIEGO. Yo presenté unos magníficos tulipanes. (Aparte.) Veremos por dónde sale.

ANG. (Violentándose.) Caballero... yo venía á...

DIEGO. (Ofreciéndole rapé.) ¿Quiere usted un polvo?

ANG. Jamás entre comidas... (Pausa.)

DIEGO. ¿Qué hora será? (Sacan ambos el reloj y consultan la hora.)

ANG. Las dos.

DIEGO. Hombre, qué casualidad... Los dos tenemos la misma hora... las dos.

ANG. Sí señor... los dos.

DIEGO. No señor... las dos.

ANG. Eso... los dos tenemos las dos.

DIEGO. Tiene gracia. (Pausa.)

ANG. Pues sí... yo venía... á solicitar de usted... el honor de que me conceda...

DIEGO. (Destemplado.) ¿Qué?

ANG. Nada... es decir, algunas semillas. (Desconcertado.)

DIEGO. (Rápidamente.) Con mucho gusto... tendré en ello una verdadera satisfacción.

ANG. ¡Oh... caballero!

DIEGO. Es preciso que estén en buenas condiciones... corro á envolverlas yo mismo entre musgo húmedo...

ANG. (Aparte.) ¡Se va!... (Alto.) Señor don Diego... yo venía... á...

DIEGO. Con mil amores... mi querido amigo... con mil amores... (Aparte.) No he escapado de mala... ¡Uf! (Vase rápidamente por el fondo y tuerce á la derecha.)

ESCENA XI

ANGELITO y ROSA

ANG. Se fué... y he sido tan bobo, que no he sabido aprovechar la ocasión... soy un imbécil... un panóli.

ROSA. (Saliendo alegremente por el primer término derecha.) ¿Qué tal, Angelito?

ANG. (Aparte.) ¡Ella! (Alto.) Muy bien; ¿y usted? (Dándole la mano que ella no toma.)

ROSA. ¿Habló usted con papá?

ANG. Sí... sí... (Tragando saliva.)

ROSA. Y... ¿está usted satisfecho de la entrevista? (Muy contenta.)

ANG. Tanto, que acaba de salir de aquí para complacerme.

ROSA. ¿A usted? (Con alegría.)

ANG. Sí... sí... ha ido á buscar lo que le he pedido...

ROSA. ¡Ah, ha ido á buscarme! (Candorosamente.)

ANG. ¿A usted?... ¡No! ¡No!

ROSA. Pues entonces... ¿qué le ha pedido usted? (Con extrañeza.)

ANG. ¡Semillas!...

ROSA. ¡Semillas! (Asombrada.)

ANG. Sí, semillas de flores... durante un cuarto de hora... ¡parece increíble! no hemos hecho otra cosa sino hablar de anémonas y de tulipanes...

ROSA. Pues... ¡cómo!

ANG. Pues... porque yo padezco una enfermedad horrible...

ROSA. ¡Ah, pobre! ¿Qué padece usted?

ANG. Mi enfermedad es que soy corto...

ROSA. ¿De vista? No lo había notado.

ANG. No... corto de genio... tímido como un cervatillo...

ROSA. ¡Já, já! ¿Usted también? (Riendo.) ¡Qué lástima!

ANG. Antes me dejo matar que decir en voz alta... lo que desde hace tres meses... me digo á mí mismo... muy bajito.

ROSA. ¿El qué?

ANG. (Con decisión.) Que la amo á usted... que la adoro... que es usted un ángel... y yo otro... ¡que somos dos ángeles!...

MÚSICA

ANG. ¡Ay Rosita mía!

ROSA. ¡Por Dios Angelín!

ANG. ¡Quiérame usté mucho!

ROSA. ¡Quiérame usté á mí!

LOS DOS. Siempre, siempre juntos,
siempre, siempre así. (Se cogen de las manos).

ANG. Mi amor es locura.

ROSA. Mi amor frenesí.

—

ANG. ¡Qué felicidad!

ROSA. ¡Qué soñado Edén!
ANG. ¡Ay, Rosita mía! (Abrazándola.)
ROSA. ¡Què nos van á ver!...
(Rehuyendo el abrazo y mirando á un lado y á otro.)

—

ANG. Aunque rabie su padre, y se oponga,
tendrá que ser mía,
y ya estoy deseando, bien mío,
que llegue ese día.
Y en cuanto consiga
llamarla mi esposa,
será de seguro
mi dicha mayor.
Seré yo su esclavo,
será usté mi reina,
y eterno, Rosita,
será nuestro amor.

—

¡Qué felicidad!
ROSA. ¡Qué soñado Edén!
ANG. ¡Ay, Rosita mía! (Abrazándola.)
ROSA. ¡Que nos van á ver!
(Repite el juego anterior.)

—

Yo seré muy feliz si consigo
llamarme su esposa,
y le engaño, mi bien, si le digo
cualquier otra cosa.
Pues es necesario
ser hombre juicioso,
y al ver á mi esposo
tan grave y formal,
que diga la gente,
¡qué suerte ha tenido
de hallar un marido
tan angelical!

—

¡Qué felicidad! etc., etc.

—

ANG. Yo estaré siempre á su lado.
ROSA. A su lado yo estaré.
ANG. Siempre tan enamorado.
ROSA. Lo mismo que yo de usté.
ANG. ¡Ay, Rosita mía!
ROSA. ¡Por Dios, Angelín!
ANG. Siempre, siempre juntos.
ROSA. Siempre, siempre así.
ANG. ¡Qué felicidad!
ROSA. ¡Qué soñado Edén!
ANG. ¡Ay que ganas tengo
de abrazarla bien!
ROSA. ¡No sea usté pesado
que nos pueden ver!

HABLADO

ROSA. Nada... decídase usted... (Vivamente.) un abogado... necesita para pleitear, atar bien todos los cabos.
ANG. ¡Yo pleitear! No lo volveré á hacer en mi vida... una y no más.
ROSA. ¿Qué le ha ocurrido á usted?
ANG. Un mal paso... mi abuela, que sólo piensa en mi porvenir, me había buscado un cliente... yo, con mi timidez, no hubiera sido capaz de encontrarlo. Era un hombre joven y de carácter violento... recién casado le dió una paliza á su mujer... y ésta se querelló.
ROSA. ¡Ah! ¿y la defendió usted?
ANG. No... á él... el cliente era él... pero, ¡valiente defensa!
ROSA. Pues... ¿qué le pasó?
ANG. Que me turbé, y por mi apocamiento fué condenado al máximum de la pena: seis meses de cárcel.
ROSA. ¡Bien hecho!
ANG. Naturalmente... no me he atrevido á pasarle la cuenta de mis honorarios... y si esto á que tengo perfecto derecho... no me he atrevido á pedirlo, ¿cómo es posible

que me atreva á pedir sin derecho ninguno, á su padre de usted, la mano de su encantadora hija?

ROSA. Eso es más fácil que defender un pleito. (Con intención.)

ANG. (Candorosamente.) Esperaré á que mi abuelita se ponga buena... y entonces...

ROSA. (Vivamente.) ¿Esperar? Pero... ¿usted no sabe que hay aquí otro pretendiente?

ANG. ¿Otro? (Estremeciéndose.)

ROSA. Aceptado por mi padre.

ANG. ¡Ah, Dios mío! Una lucha, un rival...

ROSA. Tranquilícese usted... á mí, no me pasa de aquí... (Señala los dientes.) y si me obligan á casarme con él... (Fingiendo sollozo.) me moriré de pena.

ANG. ¿Morir usted? (Con gran resolución.) ¿Dónde está su padre?

ROSA. ¿Le hablará usted?

ANG. Sí... estoy decidido.

ROSA. Pues... ¡valor! yo le ayudaré.

ANG. Procure que venga hacia aquí.

ROSA. Voy á buscarle... ¡ánimo, valor! (Vase por el foro y tuerce á la izquierda.)

ANG. ¡Y miedo!

ESCENA XII

ANGELITO; después DON DIEGO

ANG. Sí... estoy decidido... le hablaré... es decir... no; no le hablaré... hay un medio mejor... voy á escribir... ¡oh... tengo una pluma llena de osadía! (Se sienta á la mesa.) Eso es... una carta. (Escribe nerviosamente y habla al mismo tiempo.) Al menos una carta no se pone colorada... ni tiembla de pies á cabeza... (Pausa: dobla la carta y pone el sobre.) «Al señor don Diego López.» Ya está.

DIEGO. (Desde fuera.) Poned esas semillas en sitio fresco... hasta que vengan por ellas.

ANG. (Emocionado.) ¡Él!... ¡Ya!.. ¡Yo!... (Coge la carta.) No se la puedo dar á la mano... sería ridículo... (Mirando á todas partes.) ¡Ah!... En el espejo. (Pone rápidamente la carta en el espejo.)

ESCENA XIII

ANGELITO; DON DIEGO, por el foro derecha.

DIEGO. Las semillas ya están listas.

ANG. (Turbado.) Gracias. (Aparte.) No ha visto á Rosita. ¡Respiro!

DIEGO. He mandado poner también en el mismo paquete el *Capelo Cardenalicio*.

ANG. ¡Ah! ¿Me ha puesto usted el capelo?... Me alegro, me alegro...

DIEGO. Ya sabe usted... una anémona preciosa... color escarlata.

ANG. ¡Oh, muy bien! Un millón de gracias. (Indicando por señas.) ¡Chist, ¡Chist! En el espejo... en el espejo. (Retirándose lentamente.)

DIEGO. Qué, ¿está usted contento?

ANG. Una carta... vendré por la contestación. ¡Chist, chist!... En el espejo, en el espejo (Vase rápidamente por el fondo derecha.)

ESCENA XIV

DON DIEGO; ROSA, por el foro izquierda.

DIEGO. (Hablando solo.) ¿En el espejo? ¿Una carta? Veamos. (La coge.)

ROSA. (Saliendo por el foro izquierda.) ¿Dónde estás? Te estoy buscando por todas partes ¿Y Angelito? (Mirando en derredor.)

DIEGO. Acaba de marcharse... pero creo que me ha escrito... en el espejo.

ROSA. ¿Cómo?

DIEGO. Y es para mí... (Mirando la carta.)

ROSA. (Impaciente) Veamos, papá, ¿qué dice?

DIEGO. (Leyendo.) «Caballero... amo á Rosa, su hija de usted... no, no la amo...»

ROSA. ¿Eh?

DIEGO. (Continuando.) «La adoro.»

ROSA. ¡Ah! (Satisfecha.)

DIEGO. Márchate... no debes oir esto.

ROSA. ¡Si ya lo sabía!...

DIEGO. Eso es diferente. (Continúa la lectura.) «¡La adoro!...» (Se interrumpe.) ¿Y cómo lo has sabido?

ROSA. Me lo ha dicho él... Sigue, sigue leyendo.

DIEGO. Sí... (Leyendo.) «Puede usted escoger, entre ofrecerme una de estas dos cosas: ó su mano... ó una celda en el manicomio del doctor Esquerdo.»

ROSA. Y bien, papá... (Con mimo.)

DIEGO. Puesto que me deja el derecho de elección... le ofrezco...

ROSA. ¿Mi mano? (Muy contenta.)

DIEGO. No, la celda.

ROSA. ¡Oh, papaíto mío! (Contrariada.)

DIEGO. No me inclines á la compasión... será inútil.

ROSA. Tú que me amas tanto... (Mimosa.)

DIEGO. (Afectando seriedad.) No, señorita, no... no la amo á usted... digo, sí la amo... digo... no sé lo que me digo...

ROSA. ¡Ah, ya me lo temía yo! (Sollozando.)

DIEGO. (Aparte.) ¡Qué hermosa es! (La abraza.) Pero vamos á ver... ¿y cómo se arregla esto?

ROSA. Pues... con un *no* y un *sí*.

DIEGO. No.

ROSA. Sí.

DIEGO. No digo eso... sino para quién es el *sí*, y para quién el *no*.

ROSA. ¿No lo comprendes?

DIEGO. No.

ROSA. Sí... verás... yo no quiero á Ramón, ¿entiendes?

DIEGO. Sí.

ROSA. Pero en cambio, amo á Angelito, ¿comprendes?

DIEGO. ¡No... es decir, sí... pero eso ya está hecho!... el *sí* para Ramón, y el *no* para Angelito.

ROSA. Al contrario... el *no* para Ramón.

DIEGO. Sí... pero no me atrevo.

ROSA. ¡Eres tan cobarde!

DIEGO. ¿Cómo, yo cobarde? Eso no.

ROSA. Le temes.

DIEGO. Un hombre vale tanto como otro... no le temo, y si me apuras mucho, soy capaz de decirle... ¿y qué es lo que crees que debería decirle?

ROSA. Ya lo sabes, que no.

DIEGO. Pero, ¿y cómo?

ROSA. Rotundamente.

DIEGO. ¡Oh... eso es muy rotundo!

ROSA. Sí, comprendo que es enojoso decírselo de palabra, (Rápidamente.) pero podías hacer lo que Angelito.

DIEGO. ¿El qué?

ROSA. Una carta... escríbele.

DIEGO. (Satisfecho.) ¡Tienes razón! Si no se trata más que de escribir...

ROSA. (Haciéndole sentar á la mesa.) Vamos, vamos, escríbele.

DIEGO. (Sentándose, y tomando la pluma.) ¡Vas á ver! «¡Caballero!» (Escribiendo.) Me parece demasiado seco... «Muy señor mío... y amigo:» Y después, ¿qué es lo que tú dirías?

ROSA. «Su pretensión me lisonjea mucho...» (Dictando.)

DIEGO. «Mucho» (Escribe.)

ROSA. (Dictando.) «Pero me es imposible aceptar su proyecto de matrimonio con mi hija...»

DIEGO. «Con mi hija.» (Escribe.) Pero esto no basta... es preciso darle una razón.

ROSA. Tengo una.

DIEGO. Veamos.

ROSA. (Dictando.) «Crea usted que á no ser por consideraciones puramente particulares...»

DIEGO. (Escribe.) «Culares...»

ROSA. (Dictando.) «Sería una honra para mí...»

DIEGO. ¿Y á esto llamas una razón?

ROSA. Sí, una razón... diplomática. (Oyense voces en el jardín.)

DIEGO. ¡Es él. (Asustado.)

ROSA. Me marcho.

DIEGO. ¿Cómo... me dejas?. .

ROSA. Sí... llama á Benita, y... mándala que le lleve la carta.

DIEGO. Tiene razón. (Aparte.) Para todo tiene salida mi hija.

ROSA. (Abrazándole con zalamería.) Adiós papaíto... cuando tú quieres, eres... el mejor de los padres. (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA XV

DON DIEGO; RAMÓN, con el estuche de una pulsera, y CORO GENERAL; ELLAS, con ramos de flores.

MÚSICA

ELLAS. A ver la pulsera.
ELLOS. Otra igual no ví.
TODOS. ¡Ay, Dios, quien pudiera
tener una así!
A ver, á ver.
RAMON. Esta pulsera,
señor don Diego
que aquí le entrego,
de Rosa es ya.
Es un presente
que le adelanto.
DIEGO. Celebro tanto.
CORO. A ver... ¡oh... ah!

DIEGO.

Aunque es lindo el brazalete,
no le hará á Rosa tilín;
es una cadena de oro,
pero una cadena al fin.
Porque si Rosa no quiere
ir con este hombre al altar,
ni con la cadena de oro
se la prodrá sujetar.

RAMON.

Este lindo brazalete,
á Rosa le hará tilín;
y no tendrá más remedio
que mi esposa ser al fin.
Y una vez que yo consiga
poder llevarla al altar,
con esa cadena de oro,
bien la podré sujetar.

CORO.

Como sé que en este día,
según pude averiguar,

va Rosa á la Vicaría
para ir después al altar,
con este ramo de flores
que entre muchas escogí,
para ofrecérselo á Rosa
venimos todos aquí.

—

Desde este día
que su camino
de flores vea
Rosa alfombrado,
que le sonría
siempre el destino,
que feliz sea
siempre á su lado.

DIEGO.

¿Quién dice ahora
lo que sucede
si él á ella adora
y ella no cede?
Si un desengaño
así tan cruel
me hace á mí daño,
¿qué no hará á él?

RAMON.

Dentro de poco
será mi esposa,
pues de amor loco
me tiene Rosa.
Que llegue ansío
pronto ese día;
¡ay, suegro mío
cuánta alegría!

ELLAS. ¡Ay, quien pudiera
pescar marido!
ELLOS. No se consigue
tan fácilmente.
ELLAS. Yo aunque soltera
nunca he tenido...
ELLOS. ¿Qué no has tenido?
ELLAS. Ni un pretendiente.
ELLOS. Yo de esta boda
te daré un dulce.
ELLAS. Uno tan sólo

probar quisiera.
Porque es muy triste
como bien sabes...

ELLOS. ¿El qué es muy triste?

ELLAS. Vivir soltera.

ELLOS. Yo amarte juro,
y te aseguro
ser desde ahora
tu pretendiente.
¿Qué es un futuro
para vosotras?

ELLAS. Es un futuro
lo más presente.

—

Desde este día
que su camino, etc., etc.

ELLOS. Con una mujer tan bella,
¡qué hermosa luna de miel!

ELLAS. ¡Ay, Jesús, quien fuera ella
para casarse con él!

RAMON. Yo sere su esposo fiel.

DIEGO. ¡Válgame San Rafael!

ELLAS. Dichosa ella.

ELLOS. Dichoso él.

HABLADO

RAMON. Venga usted conmigo; tengo para usted una escopeta de salón.

DIEGO. (Aparte.) Este me suelta un tiro. (Alto, al Coro.) Vayan, vayan ustedes con él á ver esos regalos.

RAMON. Arréglese usted á escape; el cura estará esperando, antes de cinco minutos vengo por usted.

ESCENA XVI

DON DIEGO; después ANGELITO

DIEGO. Verdaderamente no hay otro remedio... ¡después de hecho el gasto!... Voy á romper mi carta... ¡y el otro que va á venir por la contestación! ¡Qué conflicto! (Mirando la carta.) Y todavía no he puesto el nombre... ¡está en blanco! (Dirigiéndose á la mesa.) ¡Oh, qué idea!... voy á poner el de Angelito... después de todo, mi hija no puede casarse con los dos... y... ¡Justo... eso es!... (Riendo.) «A don Angel Rivera.» (Se levanta.) ¡Ajajá!... Ahora... La dejaré en el espejo, en el mismo sitio en que él dejó la suya... y que se mire en ese espejo. (La pone.)

ANG. (Entrando por el fondo y deteniéndose.) Perdón... soy yo que vengo á...

DIEGO Chist... chist... en el espejo... en el espejo... chist... chist... en el espejo. (Vase por el primer término izquierda.)

ESCENA XVII

ANGELITO y ROSA

ANG. ¿En el espejo? (Se apresura á tomar la carta.) ¿Es que no la ha leído todavía? (Mirándola.) ¡Ah, es la contestación! Es chusco nuestro buzón... estoy emocionado... no me atrevo á mirarme en él ni á abrir la carta... (Abriéndola y leyendo.) «Pero me es imposible aceptar su proyecto de matrimonio con mi hija.» (Cayendo aturdido sobre una silla.) ¡Ah, rechazado!

ROSA. (Saliendo por la derecha.) Angelito... ¿ha visto usted?...

ANG. ¿A su padre? Sí. Hé aquí su respuesta. (Le da la carta.)

ROSA. ¿Eh?... ¿Mi carta?... Pero si no es para usted...

ANG. (Enseñándole el sobre.) «A don Angel Rivera...» en el espejo.

ROSA. ¿Y es él quien se la ha enviado?

ANG. ¡El mismo! En el espejo.

ROSA. (Indignada.) ¡Oh!... esto es demasiado... juega conmigo como con una niña.

ANG. ¡La sacrifica á usted!

ROSA. (Sofocada y alzando la voz.) ¡Oh, nos veremos! Yo no soy cobarde, ni tímida, ¿lo entiende usted? No lo soy, no señor.

ANG. Pero...

ROSA. Vaya usted á buscar un carruaje.

ANG. ¡Un carruaje! ¿para qué?

ROSA. ¡Pronto! Ya lo sabrá usted. (Con decisión.)

ANG. En seguida. (Aparte.) ¡Qué energía! (Vase rápidamente por el fondo.)

ESCENA XVIII

ROSA y DON DIEGO; después BENITA

ROSA. ¡Ah! ¿Es así como mi padre cumple sus promesas? ¡Veremos quién lleva el gato al agua! (Toma de una silla del fondo su manteleta y su sombrero.)

DIEGO. (Sale por la izquierda.) Ya estoy listo.

ROSA. Y yo.

DIEGO. ¡Rosa! (Viendo á Rosa.)

ROSA. (Llegando al centro de la escena, anudando las cintas del sombrero.) Me marcho... te abandono.

DIEGO. ¿Dónde vas?

ROSA. A meterme en un convento.

DIEGO. ¿Tú en un convento? Ven, ven que llevas las bridas muy sueltas.

ROSA. ¡Puesto que no tienes firmeza bastante para querer á tu hija... ni para librarla de un pretendiente que detesta...!

DIEGO. Pero... ¡es imposible! Te ha regalado una escopeta... y á mí una pulsera... no, al contrario...

ROSA. ¿Sacrificas á tu hija?

DIEGO. No... no te sacrifico... pero... ha ido á acicalarse para ir á la Vicaría...

ROSA. Díle que no puedes acompañarle... que estás malo... (Se quita el sombrero y la manteleta.)

DIEGO. ¿Malo? Ese sería el medio... pero es el caso que vendrá á buscarme antes de cinco minutos...

ROSA. ¡Bah! ¿Y qué importa? Un desvanecimiento.... eso es bien fácil... (Llamando.) ¡Benita! Pronto. La bata de mi padre.

DIEGO. No, no, eso es poco... (Protestando.)

ROSA. Tráete la bata y la manta.

BENITA. (Trayéndolas por la izquierda.) Aquí está, señor... ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

ROSA. Nada... un desvanecimiento. (A Benita.) Un vaso de agua con azúcar. (Dando la bata á don Diego.) Póntela... yo te ayudaré.

DIEGO. Me la pondré, pero protesto de semejante comedia. Y te advierto que no diré una sola palabra... no me quiero meter en nada.

ROSA. Mete el brazo por lo... pronto (Le hace sentar en un sillón.)

DIEGO. Aquí si me meto... pero nada más.

ROSA. Siéntate. (Toma precipitadamente el vaso de agua azucarada, y se dirige al sillón donde está su padre.)

ESCENA XIX

DICHOS; RAMÓN, de levita.

RAMON. (Por el foro izquierda.) ¿Me ha llamado usted, querido suegro? Vamos. ¡Ah, Dios mío! (A don Diego.)

ROSA. Mi padre acaba de tener súbitamente...

RAMON. ¿El qué?

BENITA. Un desvanecimiento.

RAMON. ¿Cómo ha sido eso?

DIEGO. Súbitamente. (Con sequedad.)

ROSA. Sufre mucho... y le va á ser imposible salir hoy. ¿No es verdad, papaíto?

DIEGO. (Aparte.) Protesto con mi silencio.

RAMON. ¡Pobre! Será preciso aplicarle unas sanguijuelas.

BENITA. ¡Ah, sí! (Muy marcado.)

DIEGO. ¡Oh, no! (Vivamente.)

ROSA. Esto le sentará mejor. (Dando á don Diego el agua azucarada.) Bebe, papá.

DIEGO. (Aparte.) Pero si no tengo sed.

RAMON. Es preciso no jugar con la salud.

DIEGO. (Aparte.) Sudo como un pollo.

ROSA. (A Ramón.) La indisposición de papá, puede durar algunos días... si los negocios de usted exigen su presencia en Madrid....

RAMON. ¡Oh, de ningún modo! Abandonar á don Diego en un trance como éste... ¡Eso nunca!

DIEGO. (Aparte.) ¡Excelente joven!

RAMON. Además... esta indisposición no retrasará nuestro matrimonio... yo puedo ir solo á la Vicaría.

ROSA. ¡Cómo!

RAMON. La presencia de don Diego no es indispensable... una autorización suya por escrito, basta.

ROSA. Papá está tan fatigado...

RAMON. (Tomando de la mesa un cartapacio, papel y pluma.) Una simple firma. (Presentando todo ello á don Diego.)

ROSA. ¡No firmes! (Bajo á don Diego.)

RAMON. ¡Firme usted! (Presentándole la pluma.)

DIEGO. Pero... es que... (Muy perplejo.)

ROSA. (Aparte.) ¿Qué hacer? (Coge el tintero rápidamente y lo esconde, teniéndolo oculto detrás de su espalda.)

DIEGO. ¿Dónde está el tintero? (Buscando con la pluma.)

RAMON. (Después de buscarlo en la mesa.) Rosa tiene la bondad de sostenerlo.

DIEGO. ¡Oh, gracias; hija mía, gracias!

ROSA. (Aparte, poniendo el tintero en la mesa.) ¡Todo está perdido!

ESCENA XX

DICHOS y ANGELITO

ANG. (Saliendo rápido por el fondo.) Ya está el carruaje.

DIEGO. ¿Qué carruaje? (Con extrañeza, á su hija.)

ANG. ¡Calla! Es el señor... (Por Ramón.)

RAMON. (Aparte.) ¡Diablo! ¡Vaya un encuentro!

ANG. ¿Qué tal va, después de...?

RAMON. Perfectamente. (Vivamente.)

DIEGO. ¿Se conocían ustedes?

ANG. Mucho... He tenido el honor de defender al señor: es mi primer cliente...

ROSA. (Aparte.) ¡Era él! (Alto, á su padre) Sí... seis meses de cárcel.

DIEGO. (Levantándose, asombrado.) ¿Eh? ¿Ha estado usted en la cárcel! (Pone Benita el tintero y el cartapacio sobre la mesita.)

RAMON. ¡Bah! Eso no tiene importancia... una simple querella... un momento de ofuscación...

ROSA. ¡Una ofuscación! Este caballero ha molido á palos á su primera mujer.

BENITA. (Descendiendo por la izquierda.) ¡Qué horror!

DIEGO. ¡Cómo, caballero! (Da un salto, dejando caer la manta.)

RAMON. ¡Oh! No fué más que una caricia con el bastón... un simple junquillo.

DIEGO. (Abrazando á Rosa.) ¡Pobre hija mía! (A Ramón.) Retírese usted, caballero... ¡Pegar á una señora! Puede usted recoger la pulsera...

RAMON. Y la escopeta. (Aparte.) ¡Me salió el tiro por la culata! (Alto.) Celebro mucho, caballero... que este pequeño incidente le haya devuelto la salud... (Saliendo, á Angelito.) ¡Imbécil, ya me las pagarás!

ESCENA ÚLTIMA

ANGELITO, ROSA, y DON DIEGO

DIEGO. ¿Qué es lo que ha dicho?

ROSA. (Bajo y rápido á Angelito.) Vamos... pida usted corriendo mi mano... ¡póngase usted los guantes!...

ANG. Pero... es que...

ROSA. No tenga usted miedo... es más tímido que usted...

ANG. ¡Ah! ¿es tímido? (Animándose. Se pone los guantes.)

ROSA. (Bajo á don Diego.) Te va á pedir mi mano... ¡ponte los guantes!

DIEGO. Es que...

ROSA. No tengas miedo... es más tímido que tú...

DIEGO. ¡Ah! ¿es tímido? (Animándose. Se pone los guantes.)

ANG. ¡Caballero!... (Con decisión.)

DIEGO. ¡Caballero!... (Idem.)

ANG. (Muy resuelto.) Por segunda vez... pido á usted la mano de su hija...

DIEGO. ¡Caballero!... me la pide usted con un tono...

ANG. ¡El tono que me acomoda... caballero!

DIEGO. Pero es que... se la concedo á usted... (Encolerizado.)

ANG. Me la concede usted con un tono...

DIEGO. El tono que me conviene.

ROSA. (Interviniendo, aparte.) ¿A qué viene todo eso? (Alto.) Angelito... papá le invita á usted á comer con nosotros... eso es lo que le quería decir...

DIEGO. Sea. (A Angelito.) Pero ha de prometer usted no romperme los vasos. Usted no vino aquí por semilla, sino por una Rosa. (Dándole una palmadita.)

ANG. Yo...

DIEGO. Comerá usted poco... como todo enamorado... ¡Ah!... ¿le dolerán á usted las muelas?

ANG. No señor.

DIEGO. ¿Cómo que no?

ANG. Tengo buen diente.

DIEGO. No importa, le daré á usted un específico que mata las cáries y hermosea la dentadura.

BENITA. Cuando los señores quieran.

ROSA. Ea, á la mesa. (Al público.)

Muy feliz sería yo
si al dirigirme ahora á tí,
me dieras en vez de un *No*,
con nutrido aplauso, un *Sí*. (Telón.)

FIN DEL JUGUETE